

Introducción: Tres aclaraciones iniciales

Es imprescindible pensar una colaboración para la serie denominada *Diálogos* desde una toma de posición inicial al respecto. Con un aire de retorno intenso a los orígenes del filosofar “profesional” occidental, el término *diálogo* nos remite al ejercicio socrático-platónico de dos *logoi*, dos palabras, posiciones, discursos que, desde su enfrentamiento, llegan ambos a niveles y conclusiones que no previeron al iniciar la conversación. Más aún, ambas posiciones “concluyen” en un punto intermitente, que al modo de la balsa de Rescher necesita rehacer constantemente su fondo, volver a pensar sus fundamentos, analizar sus prácticas. Además, la doble herencia conlleva dos actitudes. Por una parte la tradición socrática-oral-ágrafa impulsa la necesidad vital de un diálogo que no puede detenerse. Por la otra, los diálogos platónicos (tradición escrita-exotérica) suponen el paso de la reflexión, de una nueva narración de los sucesos (acontecidos o no) desde una perspectiva que permanece tácita y al mismo tiempo influyente (Platón aclara en la famosa Carta VII que su enseñanza más importante ha permanecido sin escribir, esotérica). Sin embargo, esta perspectiva dialógica debe leerse desde su concepción contemporánea, luego del llamado “giro lingüístico”, o sea, desde el análisis del lenguaje como condición de posibilidad de constitución humana, comunicación y fundamentación moral. Este “giro” puede llevarnos a olvidar otro derivado del diálogo: las perspectivas *dialécticas*, aquellas donde las posiciones no sólo fluyen fácilmente por la vía de la comunicación, sino que admiten la posibilidad de conflicto y superación. En resumidas cuentas, el diálogo debe ser la posibilidad de enfrentar posturas y tradiciones de un modo que permita, a un tiempo, un proceso de mayor conocimiento y liberación de las estructuras que sojuzgan la posibilidad de lo humano.

Una segunda aclaración es el *qué* del diálogo, su materialidad y contenido. Nadie habla de temas como los que nos convocan, la muerte y la técnica, desde una perspectiva “neutral”, “objetiva”, carente de preconcepciones. Todos participamos de una cosmovisión que incluye concepciones de lo mejor, de la vida (y la muerte) preferible, del impacto que la técnica tiene sobre nosotros, etc. Lo primero e imprescindible a la hora de iniciar un diálogo es esclarecer nuestras propias preconcepciones, y desde allí estudiar la “historia natural” de las cuestiones que nos convocan. Estas cuestiones serán planteadas desde un enfoque global de las perspectivas más influyentes. Aunque la intención sea ante todo la

claridad en los enfoques, no se ocultarán las reflexiones sobre estos. No se trata de convertir el diálogo en un proyecto proselitista, sino de admitir los principios reguladores que orientan nuestras reflexiones. Estos principios conducen a elaborar un recorte de temáticas y una posible toma de posiciones, así como a conducir el debate de modo efectivo hacia el quehacer ético-político. Sostener que no hay posiciones ni discusiones “neutrales” y “a-ideológicas”, es ciertamente una toma de posición. Nos atrevemos a defender que es la posición moralmente correcta ante un problema que atraviesa el espacio público y social, económico y personal. Por ello, para seleccionar el “qué” desde el cual iniciar el diálogo, hemos optado por dos grandes núcleos temáticos relativos al final de la vida. Ante todo pensamos en un momento expositivo donde se vea el acontecimiento del morir humano desde una perspectiva histórica, filosófica, religiosa y científica. Estas han sido algunas de las más influyentes formas de narrar y construir el mundo y el fenómeno humano. En segunda instancia aludiremos estrictamente a la cuestión de la muerte en nuestra era de la técnica, sus fenómenos, la hermenéutica de sus sentidos, y sus influencias a nivel pragmático.

Un último comentario. Como todo texto impreso, éste tiene un final. Sabemos que escribir es exponerse al tiempo, a la lectura de los propios textos luego de las respuestas y diálogos que nacen *a posteriori* de su impresión. Escribir supone un gesto de fragilidad y no el dogmatismo de quien anota “fin” al término de sus páginas. De aquí que sea imprescindible, para que un texto tenga vida, que otras voces se alcen a su alrededor (poco importa si son críticas, encomiosas, despectivas). Sorprendentemente, lo peor que puede pasarle a un texto es análogo a lo peor que puede suceder con las discusiones sobre la muerte y la técnica: la indiferencia respecto a ellas. Sólo la indiferencia deshumaniza en grado pleno, y sin embargo (Sócrates lo sabe por Calicles)¹ la indiferencia –y la violencia– siempre es una respuesta posible al diálogo (y ciertamente, su condición de imposibilidad). Precisamente por eso es que hay que hacerse cargo de la crítica nietzscheana a los soñadores de trasmundos. Pensar la muerte en la era de la técnica significa apoyar la vida. Significa también entender la ética como un movimiento *contra natura*, contra el movimiento originario del *conatus*, del impulso de todo ser por seguir siendo sin importar los costes y las consecuencias. Significa, en fin, enmarcar la vida en su finitud.

¹ Platón, *Gorgias* 485c.

Abrir un diálogo entre personas de diferentes procedencias tiene un primer momento imprescindible: la traducción. No se traduce ante todo una cosmovisión, sino que se hace el intento más humilde de posibilitar la comunicación. De allí que hayamos privilegiado aquí una práctica de “extensión” universitaria, favoreciendo las grandes visiones de los temas antes que nuestras posiciones particulares. Quedará, no obstante, una pregunta en pie. ¿Son estos pensadores a los que acudimos un simple epígono tardío de los acontecimientos, como pretendía Hegel afirmando que la filosofía como el búho levanta vuelo al atardecer, cuando todo está ya consumado? ¿Son pensadores de la “aurora” como afirma Nietzsche, anunciando (¿o causando?) nuevos sentidos y modos de comprensión? ¿Son sismógrafos que delatan los movimientos presentes? Quizás sean todo lo anterior, del mismo modo que los artistas. Por eso conviene siempre mantener presente la relación entre el pensar y esa forma técnica particular llamada *poíesis*.